

LA EMANCIPACION.

PERIÓDICO SOCIALISTA.

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES.

PRECIO DE SUSCRICION.—4 rs. trimestre.
Año 1.º
Número suelto: 2 cuartos.

Madrid 10 de Julio de 1871.

Para suscripciones, Librería de San
Martín, Puerta del Sol.

Número 4.º

EL BANDOLERISMO POR EL ESTADO.

II.

No habrá faltado quien suponga que el título con que encabezamos este rápido y somero estudio, es un título rebuscado que tiene por único objeto el llamar sobre nosotros la atención del público. Debemos declarar, para nuestro descargo, que no hemos hallado otra frase que responda exactamente a nuestro pensamiento, y que por dura y violenta que parezca, lo es mas aun el hecho social á que nos referimos.

¿De qué se trata? A nuestro juicio se trata de determinar bien lo que la palabra *robo* significa, ya sea este particular, ya oficial, y si la acción del Estado, en su esfera económica, reviste aquellos caracteres.

Robar ó usurpar, según la definición burguesa, es apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Nosotros, ampliando la definición, decimos que roba quien se apropia una cosa legítimamente adquirida y moral y físicamente necesaria, contra la voluntad de su dueño. Por consecuencia, si demostramos que la clase que mas contribuye á sostener las cargas del Estado, lo hace contra su expresa voluntad é impedida por la fuerza bruta, y que sometiendo al régimen del impuesto, se la despoja de la única propiedad legítima, la propiedad que emana del trabajo, y se la asesina privándola de lo absolutamente necesario para la conservación de la vida, habremos demostrado que el Estado ejerce en esta sociedad, ya tan viciada, un *bandolerismo oficial*, bien organizado, bien dirigido, todo lo legal que se quiera; pero bandolerismo al fin, que reúne las condiciones inherentes á tan noble profesión.

El impuesto, para que fuese aceptable y equitativo, aun dada la organización social de hoy, sería preciso, que obedeciese á estos dos principios de justicia:

1.º Que pesara sobre aquellos que lo consienten, que lo juzgan indispensable y lo emplean en retribuir servicios que á ellos solos pueden ser útiles, y que ellos únicamente tienen interés en conservar.

2.º Que no afectara de ningún modo y en ninguna forma al producto del trabajo personal, que representa lo necesario para la vida, sino á la renta, que representa lo superfluo. ¿Igualdad ante el impuesto! Todos deben contribuir por iguales partes al sostenimiento de las cargas públicas: gritan los economistas liberales. ¿Y por qué? preguntamos nosotros. ¿Qué razón hay para que mantengamos unas instituciones fundadas y sostenidas contra nosotros y á pesar nuestro? ¿De qué nos sirve ni puede servirnos á nosotros ninguna de esas piezas de la complicada máquina gubernamental? ¿De qué nos sirven ni pueden servirnos la iglesia, el ejército, la magistratura, la administración política ni económica? Si que nos sirven: la iglesia para embrutecernos; la autoridad para perseguirnos y vejarnos; el funcionario para despojarnos de nuestro miserable peculio; el juez para condenarnos, el soldado para fusilarnos.

Y esto no obstante, nosotros, verdaderos motores de sangre, damos á esta locomotora infernal una fuerza muy superior á la que le prestan sus señores; nosotros, que nada poseemos, que somos víctimas de una infame explotación, hemos de contribuir poderosamente en la proporción de 3 á 1 á que la explotación se perpetúe. Preciso es confesar que en este punto las clases dominantes traspasan los límites del cálculo, de la avaricia y del cinismo; y si no hubiéramos visto en tantas ocasiones que, cuando necesita del pueblo ó cuando le consideran peligroso, lo primero que hacen es eximirle de tributos, creeríamos que su perversión había llegado hasta el extremo de arrebatarles la noción de lo justo y de lo injusto. No: ellas saben que cometen una iniquidad, mas así conviene á sus fines egoístas y utilitarios.

Oíd á los burgueses quejarse un día y otro de que los impuestos les arruinan, que no pueden soportarlos; pero que es forzoso atender á las cargas del Estado, que son sagradas. Y sin embargo, al pago de estas atenciones solo contribuyen ellos en una cuarta parte; lo demás lo sacan del ya esquilinado trabajador, del pedazo de pan que este se lleva á la boca, del vaso de vino con que restaura sus fuerzas, de la modesta legumbre que constituye su único alimento. A mas de 2000 millones de reales asciende el presupuesto de la nación española. Pues bien, la contribución territorial y de subsidio, que representa el impuesto sobre la propiedad mueble é inmueble, no escude nunca de 600 millones; lo restante sale de la contribución de consumos, del impuesto personal, de los derechos de aduanas y otras gabelas mas ó menos disimuladas, sin contar los llamados arbitrios municipales, todo lo cual pesa del mismo modo sobre el que nada en la abundancia y sobre el que solo posee el miserable producto de su trabajo diario. Y como la inmensa mayoría de la nación se compone de proletarios ó jornaleros, resulta que de los 200 millones á que ascienden los presupuestos del Estado, 100 por lo menos los satisface el ya explotado trabajador. Teniendo sin duda en cuenta esta escandalosa desigualdad, un diputado republicano, que se cree muy entendido en materias económicas, el marqués de Albaida, pedía dos meses há, en una proposición presentada á las Cortes, que se disminuyese la contribución territorial (es verdad que este republicano marqués es un rico propietario y de los mas apegados á sus privilegios); y por otra parte, un diputado monárquico proponía en la comisión de presupuestos que se impusiera un 20 por 100 sobre todos los sueldos, tanto de empleados del gobierno como de empresas particulares, *asimilando estos sueldos á la renta de la propiedad*.

Ahora bien, digáenos si puede darse un sistema mas descaradamente espoliador que el sistema tributario inventado por los hombres de la clase media, y si tenemos razón para decir que los burgueses, que nos hablan de caridad y protección á la clase trabajadora, son, ó unos malvados hipócritas ó unos necios sin criterio ni conciencia.

Reasumiendo: la cuestión tributaria ó de Ha-

cienda puede ser considerada, dentro de las instituciones vigentes, como la cuestión de las cuestiones. El impuesto es el nervio, es la fuerza de la burguesía constituida en poder, siendo al mismo tiempo la consagración mas patente de la injusticia social y la causa de casi todas las crisis, luchas y trastornos que hoy agitan á las naciones: el impuesto será el monstruo que devore á la burguesía. No le queda á esta mas que dos caminos: ó sigue apretando el dogal que rodea el cuello del trabajador hasta que este, desesperado, se alee, quizás antes de tiempo, y la ahogue en sus robustos brazos, ó tiene que cambiar de sistema y desprenderse de parte de sus pingües beneficios para sostener ella sola la costosa organización del Estado, en cuyo caso, si bien no lograria evitar la Revolución, modificaria en mucho su carácter violento y rencoroso.

Hoy precisamente se ofrece una ocasión favorable á la clase media para probar que sus protestas en favor de la clase trabajadora no son vana palabrería ó mentidas promesas. Se ha nombrado una comisión parlamentaria con objeto de estudiar el estado y las necesidades de la clase obrera. Pues bien, que esta comisión proponga á las Cortes el siguiente proyecto de ley:

«Considerando que la organización del Estado tiene por único y exclusivo objeto el servir de garantía al capital contra las reivindicaciones del trabajo;

Considerando que las cargas del Estado no son otra cosa que la retribución de servicios particulares y que solo deben costear estos servicios aquellos á quienes aprovechan;

Considerando que no es equitativo que quien nada posee pague algo, ni quien posee poco pague lo mismo que el que posee mucho,

Las Cortes decretan:

Art. 1.º Quedan suprimidas todas las contribuciones indirectas, de consumos, de arbitrios municipales y demas impuestos que afecten al trabajo personal y no á la renta.

Art. 2.º Se establece un impuesto único y directo sobre la propiedad territorial, el comercio y la industria.

Art. 3.º La reforma de repartición de este impuesto será la de una progresión ascendente de 12 á 40 por 100, con arreglo á la renta ó interés del capital empleado, pudiendo elevarse hasta el 50 por 100 si las necesidades del Estado lo exigen.»

¿Lo harán? Seguros estamos de que no. Saben demasiado los burgueses que ni aun así lograrían salvar sus privilegios, y tienen demasiado apego á los bienes que han usurpado para hacer el menor sacrificio en aras de la justicia. Quitense por lo menos la máscara y adopten nuestro lema: TODOS CONTRA NOSOTROS, NOSOTROS CONTRA TODOS.

Ensanchando la república las bases sobre que se asientan los privilegios de la burguesía, no nos estraña que esta aspire á plantearla, como no nos estraña que las escuelas doctrinarias basadas en los principios individualistas hayan tendido y tiendan á transformar los bienes co-

lectivos, como las propiedades del Estado, las provinciales y comunales en propiedad individual por medio de la desamortización.

Lo que si nos estraña es que la clase trabajadora, que nada gana con la república y que pierde mucho con la transformación de los bienes de propios, provinciales y nacionales en propiedad particular, puesto que esta transformación favorece los intereses de algunos en perjuicio de los intereses de todos, se muestre partidaria de una y otra.

EL SOCIALISMO Y LOS REPUBLICANOS.

De una correspondencia de Santa Cruz de Tenerife, publicada por *La Constitución*, copiamos lo siguiente:

«Por hoy lo que creo deber mio comunicar á usted antes que nada, es un hecho que ha sido aquí de grandísimo prestigio, que ha proporcionado verdaderas ventajas al partido republicano de esta provincia. El día 15 cumplió un año de instalada una sociedad de trabajadores de socorros mútuos. El principal, si no el único objeto de esta asociación, es socorrer á aquellos de sus sócios que por efecto de enfermedad no pueden dedicarse á sus habituales ocupaciones, en cuyo caso la asociación pasa al enfermo medio duro diario.

«Ha dado la casualidad, que ya por la significación de los promovedores, ya por algunas prescripciones del reglamento, la asociación la forman única y exclusivamente obreros republicanos. Cuando la Internacional y sus ideas disolventes de socialismo y comunismo están dando tanto que hablar en Madrid, la sola noticia de que la sociedad de trabajadores trataba de celebrar el primer aniversario de su instalación con una sesión pública, fué causa de que todas las gentes sensatas —y en este número entraban la mayoría de los aquí llamados republicanos— temieran que ese meeting fuera una manifestación mas de aquellas ideas, que viniera únicamente á servir de desprestigio á la idea republicana.

«Pero celebróse la reunión, y el temor era fundado en cierto modo, porque el presidente, que es un obrero, al dar cuenta del motivo de la reunión, apenas hizo otra cosa que hablar de socialismo.

«Hubo luego otro joven—muy joven—cajista de una imprenta, que también usó, en un magnífico discurso, eutusiasta y repetidamente aplaudido, la palabra socialismo. Pero entonces, ¿quiénes cree usted, señor director, que se levantaron á atacar ardiente y calorosamente esas ideas y tendencias? No fueron, no, como sucede en Madrid personas reconocidamente monárquicas como el eminente demócrata D. Gabriel Rodríguez, sino personas tan reconocida y claramente republicanas, como un Sr. Miranda, presidente de la sociedad republicana El Recreo, que pronunció un elocuentísimo discurso individualista, y los Sres. Calzadilla y Villalba, vicepresidente este del comité republicano de Santa Cruz y presidente aquel de la sociedad también republicana Jóven Democracia.

«Todos atacaron decididamente el socialismo como contrario á la libertad y al federalismo, defendiendo el individualismo como la única senda filosófica hermanable con la verdadera democracia. La discusión tomó una altura digna en la que vino á quedar de manifiesto que los obreros confundían las ideas de socialismo y de asociación, y en la que sobre todo se consignó clara y terminantemente que, si en otras partes pueden otros republicanos, y republicanos federales, aceptar el socialismo, aquí, en Santa Cruz de Tenerife, el partido republicano, en medio de palabras de reprobación á los horrores de París, declara terminantemente que no acepta ni puede aceptar el socialismo; que, por el contrario, lo considera incompatible con sus dogmas. Todo lo que antes de la sesión, todo lo que al principio eran temores, convirtiéndose luego en regocijo, en plácemes por parte de los liberales sensatos á los jefes del republicanismo, que habían conseguido apartar de la mente de los trabajadores la idea del socialismo, que dos ó tres cabezas calientes querían llevar á ella impremeditada y falsamente.»

Como se vé, los representantes del partido republicano federal de Santa Cruz de Tenerife han tenido la franqueza de declarar que el socialismo no cabe dentro de sus principios, ó mejor dicho, que estos no caben dentro de aquel.

Igual declaración hizo el republicano Barará, alcalde de Valencia, al oponerse á la constitución de la Internacional en aquella ciudad. Solo los órganos de los federales en la prensa madrileña se obstinan en no querer soltar prendas y continúan guardando silencio acerca de la cuestión social, á pesar de las escitaciones que de continuo les hacemos para que salgan de su mutismo.

Equívocados sobre las ideas y trascendencia del último movimiento de París, salieron á la defensa de la Commune, y no han tenido la franqueza de confesar su equivocación desde el momento en que la conocieron.

Deseosos de captarse las simpatías de la clase conservadora, como sus correligionarios de Santa Cruz de Tenerife, no quieren enagenarse las de los trabajadores haciendo una declaración en contra del espíritu socialista que á estos anima, sin considerar que su silencio los coloca frente á frente de nosotros, en una actitud mucho mas sospechosa que pudiera hacerlo una declaración franca y leal.

Pero por mas que los republicanos guarden silencio, los trabajadores sabemos de sobra á qué atenernos respecto á sus intenciones para con nosotros: si alguna duda hubiéramos aun abrigado acerca de ellas, la conducta del gobierno republicano de Versalles, el decreto prohibiendo la pública manifestación de las ideas socialistas, aprobado por la Cámara republicana de Washington, y el mismo silencio que guardan los periódicos federales madrileños, habrían venido á disiparlas.

Por nuestra parte, no hemos vacilado un momento en clasificar al partido republicano como un partido conservador de todas las injusticias é iniquidades sociales que hoy pesan sobre nosotros los trabajadores.

Dícese que varios diputados piensan presentar una proposición al Congreso pidiendo una pensión para la viuda de Carlos Rubio.

Nosotros no negaremos que este antiguo redactor de *La Iberia* haya prestado durante su vida mas ó menos servicios al partido progresista; pero si negamos rotundamente que los diputados tengan ningun derecho para hacer pagar á todos los españoles los servicios que un individuo determinado haya podido prestar á tal ó á cual partido político.

Si los diputados tuvieran que pagar de sus bolsillos particulares todas las pensiones cuya aprobación piden á las Cortes, á buen seguro que no propondrían ninguna.

Y lo mejor del caso es que mientras se premian con pensiones los servicios políticos de algunos, se deja morir de hambre á los que con su inteligencia ó con su trabajo prestan verdaderos servicios á la causa del trabajo, que es la causa de la humanidad.

Le Journal de Gêneve, órgano de la mesocracia ginebrina, de esa burguesía eterna enemiga de la clase trabajadora, que en todas partes, y mas particularmente en el canton de Ginebra, escupe la venenosa espuma de la calumnia sobre la honrada clase á quien debe toda su fortuna, pregunta:

«¿Qué democracia quedaria bajo la presión del brutal y abyecto despotismo soñado por esos insensatos (los demócratas socialistas) y del cual la reciente Commune de París era solo el precursor?»

Quedaría de seguro la verdadera democracia, basada en los tres grandes é inseparables principios de libertad, igualdad y fraternidad, y no esa democracia bastardeada por vosotros, puesto que la fundais solo en la libertad política, libertad que únicamente á vosotros favorece cuando no va acompañada de la igualdad de derecho á los medios y de la fraternidad que debe existir entre todos los hombres.

Leemos en un periódico que un pobre hom-

bre, que fué cogido cortando palmas para escobas en la Casa de Campo, ha sido puesto á disposición del juez competente.

Se comprende. Si el tal hubiera hecho un gran desfaleco en los fondos del Tesoro público; si hubiera establecido una sociedad de crédito y de la noche á la mañana se hubiera alzado con los fondos dejando á los accionistas á la luna de Valencia, ó si siquiera hubiera hecho quiebra fraudulenta, entonces no solo no le habrían puesto á la disposición de ningun juez, sino que á la vuelta de algunos años le permitirían gozar tranquilamente del producto de su trabajo, y casi se puede asegurar que no habia de faltar alguna cruz con que adornar los ojaes de su levita.

MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL.

Tenemos el sentimiento de empezar esta revista semanal consignando una nueva hecatombe de trabajadores.

El 27 del pasado Junio los trabajadores de Königs-hutte (Frusia) se sublevaron. Según las hojas oficiales del recientemente declarado imperio prusiano, los trabajadores de aquella ciudad trataban de saquear las casas de los israelitas. Ya sabemos lo que estos cargos contra los obreros significan, cuando son los órganos de los gobiernos burgueses los que se los dirigen. Lo que si sabemos de cierto es que los hulanos dieron una carga á los trabajadores, de la que resultaron 6 muertos, unos 20 heridos y 60 prisioneros.

En Pesth (Hungria) continúa la huelga de los sastres; 52 de estos han sido presos.

La sección de trabajadores de ambos sexos de Saint-Gall (Suiza), en número de 800, se han adherido á la Internacional.

La sección de aprestadores de Saint-Gall continúa en huelga.

Cos obreros cerrajeros de Sabadell han obtenido de sus maestros la rebaja de una hora de trabajo al día.

En nuestro querido colega *La Federación*, de Barcelona, leemos lo siguiente:

«Una comisión de obreros del Centro de tejedores á la mano recorrió hace algunos dias algunas poblaciones del partido de Vich á fin de propagar entre aquellos obreros las ideas sociales, habiendo obtenido un resultado magnífico.»

«Al objeto de esponer el estado social de sus respectivas sociedades, se ha celebrado en Manlleu una importante reunión, asistiendo á ella los representantes de las poblaciones siguientes: Vich, Torelló, San Vicente de Torelló, San Pedro de Torelló, San Hipólito de Boltregá, Esquirol, Prats de Llusanés, Berga y algun otro punto en que aquel Centro tiene establecidas sus sociedades. Quejas, desgracias, la miseria con todas sus desgarradoras consecuencias, tal fué el cuadro que salió pintado de los labios de aquellos delegados, eco fiel en esta ocasión de los dolores que sufren sus representados. Allí se escogitaron medios con que detener, cuando menos, el curso progresivo de tanta calamidad.»

«El día 29 se reunieron los representantes de la Union de constructores de Barcelona, y acordaron anunciar al señor gobernador la celebración de una reunión de constructores para tratar de proposiciones muy convenientes para los mismos, que consisten en construir edificios por los mismos asociados. Les felicitamos por sus buenos pensamientos en favor de la clase obrera.»

La mayor parte de los periódicos se ocupan de una proclama publicada en *El Independiente* de Búrgos, y firmada por un jóven obrero, en la que á nombre de La Internacional se escita á los obreros á tomar las armas.

El autor de esa proclama ignora, por lo visto, que la misión de la Internacional no es la de provocar sangrientos conflictos, y que si en París apareció oficialmente en la lucha contra el gobierno burgués de Versalles, fué porque este provocó el alzamiento de los trabajadores de aquella capital. La Internacional hizo allí lo que hará en todas partes: sacar de los movimientos políticos que se inicien todo el partido posible para la emancipación de los trabajadores; pero ni entonces pudo ni nunca podrá entrar en sus propósitos el provocar estos movimientos.

El *gran revolucionario, Mazzini*, ha merecido los plácemes de *El Imparcial* por haberse expresado en los siguientes términos, respecto de los últimos actos de la Commune:

«La orgía de furor, de venganza y de sangre de que París ha dado el espectáculo al mundo, llenaría de desesperación nuestra alma si además de opiniones no tuviéramos fé.

«Un pueblo que se revuelve de esta suerte, como embrutecido por la embriaguez; que se desgarró á sí mismo con semejante rabia, aullando gritos de triunfo; que baila una ronda infernal frente á la tumba que se cava á sí mismo; que mata, que tortura, que quema, que vocifera como una cuadrilla de locos furiosos; un pueblo semejante nos recuerda las mas horribles visiones del Dante.

«Los actos de la Commune serán eternamente indignos; no hay en ellos ni patriotismo, ni el más mínimo principio de humanidad; haber asesinado los rehenes, cuando su muerte en nada podía aprovechar á la causa de la Commune; haber incendiado los edificios que eran la gloria de la ciudad, es una infamia sin nombre.»

No nos estraña lo más mínimo esta opinión del gran agitador burgués sobre los sucesos de París.

Mazzini ha sido siempre enemigo acérrimo de toda idea federativa; en su correspondencia á uno de los hombres de acción del partido federalista español, hemos visto mas de una vez enunciada la idea de que era preciso que los republicanos españoles hubieran perdido el juicio para haber abrazado el principio federal; y como la Commune no era otra cosa que este principio llevado á sus últimas consecuencias por medio de la federación de las secciones de oficio de cada localidad, no es de admirar que tienda á querer desacreditar unos principios que están en abierta contradicción con la idea de centralización de que él ha sido siempre partidario.

Por otra parte, el ex-tribuno italiano es individualista y patriota exaltado, y por lo tanto, tampoco es de admirar que se asombre de encontrarse frente á frente de un socialismo que niega terminantemente la patria.

Lo que verdaderamente nos llena de admiración y asombro, es que sea Mazzini, ese hombre que tiene por sistema sacrificar cada año la vida de algunos hombres en aras de sus ideas unitarias, «para que no se apague ni por un momento el odio de los patriotas hacia los enemigos de la república unitaria con que quiere dotar á Italia,» el que condene el fusilamiento de los rehenes, fusilamientos que hubiera sido una cobardía y una deshonra no llevar á cabo, cuando los hombres de Versalles, despreciando las advertencias y las amenazas de la Commune, fusilaba por centenares los defensores de esta que tenían la desgracia de caer en sus manos.

Sobre el incendio de los edificios hemos dicho ya en nuestro número anterior cuanto se podía decir.

Decididamente cada vez nos parecen mas pequeños esos hombres que, como Mazzini, han sido un día considerados como grandes, y han concluido por cubrir sus ojos con el manto de sus antiguas glorias, obstinándose en no querer ver el progreso que en las ideas se viene realizando sin ellos y á pesar de ellos.

Nuestro querido colega de Barcelona, *La Federación*, ocupándose de nuestra aparición en el estadio de la prensa, lo hace en los siguientes términos:

«Un nuevo periódico, LA EMANCIPACION, ha aparecido en Madrid.

A juzgar por la cabecera y por su programa, es de los nuestros.

Si hemos de decir verdad, su aparición nos ha causado una verdadera, al par que agradable sorpresa, por cuanto en esta nueva producción de la Internacional, vemos con gozo justificados los temores que en otro lugar manifestamos abriga el *Diario de los Debates* con respecto á las persecuciones de que

en varios países ha sido objeto nuestra Asociación; persecuciones que han servido solo para desarrollar y engrandecer el círculo de sus principios.

La misión de nuestro valiente colega colectivista es árdua y difícil. Fijar bien el carácter de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en estos tiempos de arraigado parasitismo, en que á la par que el desenfreno gubernamental, la escasa inteligencia de nuestros obreros vaga perdida entre tantos partidos políticos cuantos son los burgueses que nos explotan, es una obra colosal y peligrosa, si bien útil y altamente necesaria, por cuanto á su término se halla el reinado de la humanidad triunfante.

En tanto deseamos á nuestro apreciable colega larga lista de suscritores y enviamos á la redacción un abrazo fraternal.»

Damos las gracias á nuestro colega por su buen deseo y por las frases que nos dedica.

Se nos ha asegurado, y garantizamos la veracidad de la noticia, que amigos ó agentes del gobierno han tratado de intimidar á los empleados de las compañías de ferro-carriles, que segun ya anunciábamos trataban de declararse en huelga para el caso en que el gobierno les despojase de una parte de sus salarios, el 20 por 100, amenazándoles con formarles causa si así lo intentaban, y acusándolos de pertenecer á la Asociación Internacional de Trabajadores.

Nosotros ignorábamos hasta ahora que el estar afiliados á la Internacional fuese un delito; creíamos, por el contrario, que era esta una asociación lícita, autorizada por las leyes. Mas en vista de esta y otras amenazas, que nos llegan de diferentes puntos, escitamos al gobierno á que descubra francamente sus intenciones respecto á nosotros, á que nos declare fuera de la ley, si así conviene á su política. Estamos preparados á todo.

Por primera vez, desde el establecimiento del sufragio universal, las elecciones de París han dado el triunfo á la reacción. La burguesía logra el objeto que se propuso al asaltar la ciudad revolucionaria: ha espulsado de las urnas electorales á los hijos del trabajo que habían podido librarse de la última furiosa batida, y en nombre de sus inicuos privilegios, de la vil especulación y de los sentimientos mas groseros y bajos, ha reivindicado para ella sola todo el poder, toda la representación, todo el derecho.

¡Oh lógica inflexible de los acontecimientos humanos! Los republicanos de Versalles, tan necios como crueles, orgullosos de su victoria sobre el pueblo, seguros de su omnipotencia, han pretendido hacer unas elecciones libres manteniendo el estado de sitio, amordazando la imprenta, suprimiendo las reuniones preparatorias, y «organizando las prisiones en grande escala en todos los barrios de París.»—Esto lo decía el corresponsal de la *Gironde*, periódico individualista, dos días antes de la elección.—Pues bien, la candidatura que ha salido triunfante, es la candidatura del *Gaulois*, del *Figaro* y de la *Liberté*, es decir, una mezcla de bonapartistas, jesuitas, orleanistas y republicanos de lance.

El orden reina en Varsovia, y los republicanos siguen tan satisfechos.

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA.

MANIFIESTO DEL CONSEJO GENERAL DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES.

A todos los miembros de esta asociación en Europa y en los Estados-Unidos.

(Continuación)

II.

El único obstáculo serio que la conspiración contra-revolucionaria encontraba en su camino era el pueblo de París armado. Era, pues, necesario desarmar aquel pueblo. Bajo este punto de vista, la Asamblea de Burdeos estuvo lógica. Si el rugido de furor lanzado por los *rurales* que la componían no

hubiera sido bastante alto para hacerse oír, el acto de Thiers de poner París á merced del triunvirato compuesto de Vinoy el *decembrista*, de Valentin el *gendarme* de Bonaparte y de Aurelles de Paladine el *general-jesuita*, no hubiera dejado duda alguna acerca de lo que contra el pueblo se tramaba. Pero mientras no esponían descaradamente su verdadero propósito de desarmar á París, los conspiradores pedían á esta ciudad que entregara las armas con un pretexto que era la prueba mas evidente y mas palmaria de su mala fé.

Decía Thiers que la artillería de la Milicia Nacional de París era del Estado y debía volver á él. La verdad es esta: desde el mismo día de la capitulación por la que los prisioneros de Bismark entregaron la Francia al enemigo, pero reservándose un numeroso cuerpo de tropas con objeto de intimidar á París, este se puso en guardia. La Milicia Nacional se reorganizó y confió su suprema dirección á un Comité central elegido por todos sus miembros, exceptuando algunos que procedían de la antigua organización bonapartista. La víspera de la entrada de los prusianos en París, el Comité central tomó las medidas oportunas para hacer trasladar á Monmartre, Belleville y La Villette los cañones y las ametralladoras que los capituladores habían dejado abandonadas. Aquellas piezas de artillería habían sido adquiridas por medio de una suscripción hecha entre los individuos de la Milicia Nacional; en la capitulación del 28 de Enero, fueron oficialmente reconocidas como propiedad particular y exceptuadas de la entrega general que de las armas del gobierno debía hacerse á los vencedores. Thiers carecía de tal modo de pretextos para iniciar la guerra contra París, que para encontrarlos tuvo que recurrir á la absurda invención de que la artillería de la Milicia Nacional era propiedad del Estado.

El desarme de la artillería era evidentemente precursor del desarme general de París, y por consiguiente, de la revolución del 4 de Setiembre. Pero aquella revolución había pasado á ser el estado legal de Francia. La República, obra de aquella, había sido reconocida por el conquistador en la capitulación. Antes de la capitulación, la República había sido ya reconocida por todas las potencias extranjeras, y en nombre de ella se había convocado la Asamblea nacional. La revolución de los trabajadores de París del 4 de Setiembre, era el único título legal de la Asamblea reunida en Burdeos y del poder ejecutivo. Sin ella, la Asamblea nacional hubiera seguido de nuevo el camino del Cuerpo legislativo nombrado por sufragio universal bajo el poder de los franceses, no bajo el de los prusianos, y hubiera sido forzosamente disuelta por el brazo de la revolución; Thiers y sus colegas hubieran tenido que capitular por medio de salvo-conductos firmados por Luis Bonaparte, librándolos de hacer un viaje á Cayenna.

La Asamblea nacional con sus poderes para arreglar las bases de la paz que debía ajustarse con Prusia no era mas que un incidente de aquella revolución, cuyo verdadero defensor era el verdadero pueblo de París que la había iniciado, que había sufrido un sitio de cinco meses, con todos los horrores del hambre, y había echado con su prolongada defensa, á despecho del plan de Trochu, la base de una obstinada guerra de defensa en las provincias. Y París no podía menos de optar entre deponer las armas ante la insultante orden de los esclavizadores de Burdeos y reconocer que la revolución del 4 de Setiembre solo significaba el traspaso de los poderes de Luis Bonaparte á sus regios rivales, y seguir adelante y continuar sacrificándose como campeón de la Francia, cuya salvación y regeneración eran de todo punto imposibles sin que un violento sacudimiento revolucionario viniera á destruir por completo el estado político y social que el segundo imperio había establecido y llevado al último grado de corrupción. París, diezmado por cinco meses de hambre, no vaciló un momento.

Resolvió heroicamente correr los azares de una resistencia contra los conspiradores franceses, y hasta contra los mismos prusianos, cuyos cañones dominaban la ciudad desde los fuertes de la misma. Sin embargo, el Comité central, enemigo de la guerra civil en que precipitaban á París los hombres de Thiers, continuó persistiendo en su actitud defensiva, á pesar de las provocaciones de la Asamblea, de las usurpaciones del Poder ejecutivo y de las reiteradas amenazas de concentración de tropas en torno de la capital.

Thiers empezó la guerra civil mandando hacer al general Vinoy, á la cabeza de un gran número de

agentes de policía y de algunos regimientos de línea, una expedición nocturna contra Montmartre con objeto de apoderarse por sorpresa de los cañones que la Milicia Nacional custodiaba en aquel punto.

Todos sabemos que esta tentativa fracasó por la resistencia que opusieron los milicianos y por haber fraternizado la tropa con el pueblo. Aurelles de Paladine tenía impresos de antemano los boletines anunciando la victoria del gobierno, y Thiers había preparado ya sus edictos y tomado sus medidas para anunciar el golpe de Estado. En estos edictos, Thiers manifestaba su generosa resolución de no desarmar la Milicia, con cuya medida, según él decía, esta no podría menos de apoyar al gobierno contra los rebeldes. De 300,000 milicianos, solo unos 300 contaron a este llamamiento y resolvieron apoyar al pequeño Thiers contra ellos mismos. La gloriosa revolución de los trabajadores del 18 de Marzo se hizo dueña de París sin ninguna clase de oposición. El Comité Central era su gobierno provisional. Europa pareció dudar por un momento si aquel cambio radical de gobierno y aquella guerra eran una realidad ó eran solo un sueño.

Desde el 18 de Marzo hasta la entrada de las tropas de Versalles en la capital, la revolución de los trabajadores de París estuvo tan limpia de esos actos de violencia que caracterizan todas las revoluciones y contra-revoluciones de la clase acomodada, que sus adversarios no encontraban otra cosa que echarles en cara mas que el fusilamiento de dos generales Lecomte y Clemente Thomas, y los sucesos de la plaza de Vendôme.

Uno de los oficiales bonapartistas que tomaron parte en el atentado nocturno contra Montmartre, el general Lecomte, había por cuatro veces ordenado al regimiento de línea núm. 81 hacer fuego contra un grupo de indefensos ciudadanos reunidos en la plaza Pigale, y habiendo aquel rehusado obedecerle increpó duramente. Sus propios soldados, en vez de tirar sobre las mujeres y los niños, tiraron sobre él. Los hábitos que los soldados adquieren estando a las órdenes de los enemigos de la clase trabajadora no se pierden el mismo momento en que dejan de estar en ellas. Estos mismos hombres fueron los que fusilaron a Clemente Thomas.

El general Clemente Thomas, antiguo sargento, entró en los últimos tiempos del reinado de Luis Felipe en las oficinas del nuevo periódico republicano *Le National* con el doble carácter de editor responsable y espadachín de aquel periódico verdaderamente batallador. Como después de la revolución de Febrero los hombres del *National* subieron al poder, la víspera misma de la carnicería de Junio convirtieron al antiguo sargento en general, siendo este, como Julio Favre, uno de los que mas contribuyeron a preparar aquellas tristes jornadas y uno de los mas implacables verdugos de los trabajadores. Entonces este general desapareció de la escena política para volver a aparecer en ella en 1.º de Noviembre de 1870. El día antes el gobierno de la defensa, preso en el Hotel de Ville, había dado solemnemente su palabra a Blanqui, Flourens y otros representantes de la clase trabajadora, de que abdicaría el poder que había usurpado en manos de una Commune libremente elegida por París. En vez de cumplir su palabra, el gobierno soltó sobre París los bretones de Trochu, que reemplazaron a los corsos de Bonaparte. Habiéndose negado el general Tamisier a manchar su nombre haciéndose cómplice de semejante traición, dimitió su cargo de general en jefe de la Guardia nacional, y Clemente Thomas entró a sustituirle. Mientras desempeñó este cargo, en vez de hacer la guerra a los prusianos, se la hizo a la Guardia nacional. Impidió su armamento en masa, escitó a los batallones burgueses contra los batallones de trabajadores, espulsó a los oficiales que no eran afectos al plan de Trochu y tachó de cobardes a los batallones proletarios, a esos mismos batallones cuyo heroísmo han admirado hasta sus mas acérrimos enemigos.

Clemente Thomas estaba orgulloso de haber reconquistado su preponderancia de Junio como enemigo personal de la clase trabajadora. No muchos días antes del 18 de Marzo presentó a Lefló, ministro de la Guerra, un plan suyo para acabar de una vez con la nata (*la fine fleur*) de la canalla de París. El comité central y los obreros de París son tan responsables de la muerte de Clemente Thomas y de Lecomte, como la princesa de Gales puede serlo de que murieran aplastadas muchas personas el día que entró en Londres.

El asesinato de los ciudadanos desarmados en la plaza de Vendôme, es un mito del que Thiers y los ru-

rales nada dicen en la Asamblea, pero que señalan de continuo y con insistencia a los periodistas asalariados de toda Europa para que lo propaguen. Los hombres de orden, los reaccionarios de París, temblaron al saber la victoria del 18 de Marzo. Para ellos era la señal de que el pueblo iba por fin a tomar la revancha. Veían levantarse delante de ellos las víctimas que habían inmolado desde Junio del 48 a Enero del 71. El pánico que se apoderó de ellos fué su único castigo.

Hasta los mismos agentes de policía, en vez de ser desarmados y encarcelados, como debían haberlo sido, tenían las puertas de París abiertas de par en par para retirarse libremente a Versalles. Los hombres de orden, no solo no fueron desarmados, sino que pudieron reunirse y posesionarse de algunos de los principales puntos en el centro de la ciudad. Esta tolerancia del comité central, esta magnanimidad del ejército de los trabajadores, este singular contraste con lo que en semejantes casos acostumbró hacer el partido de orden, fué interpretada por este como síntoma de debilidad. De aquí el que tratara de realizar por medio de lo que llamaba una manifestación pacífica, lo que Vinoy no había podido conseguir con sus cañones y sus ametralladoras.

El 22 de Marzo salió de los barrios ricos de la ciudad una turba de dandys, a cuyo frente figuraban los Hackeren, Goetlogon, Enrique de Pene y otros no menos adictos al imperio. Bajo el cobarde pretexto de una manifestación pacífica, esta canalla, armada secretamente con el puñal del asesino, maltrató y desarmó a las patrullas y centinelas que encontró en su camino, y al desembocar de la calle de la Paix, a los gritos de ¡abajo el comité central! ¡abajo los asesinos! ¡viva la Asamblea nacional! trató de romper la línea que formaba la guardia nacional para apoderarse por sorpresa de los principales cuarteles que esta ocupaba en la plaza de Vendôme. Habiendo disparado los manifestantes algunos tiros de pistola, se les hicieron las intimaciones de costumbre, y viendo que estas no producían efecto, el general de la guardia nacional mandó hacer fuego. Entonces huyeron en precipitada fuga aquella cáfila de necios, que creyeron que la mera presencia de su *respectabilidad* había de producir sobre la revolución el mismo efecto que las trompetas de Josué produjeron sobre las murallas de Jericó. En esta precipitada fuga dejaron tras si dos guardias nacionales muertos, nueve gravemente heridos, entre ellos un individuo del comité central, y la escena cubierta de revólvers, puñales y estoques, prueba evidente de que la manifestación había sido de ciudadanos desarmados.

Cuando el 13 de Junio de 1849 la guardia nacional hizo una manifestación verdaderamente pacífica para protestar contra el asalto de Roma por las tropas francesas, Changarnier, entonces general del partido de orden, mereció los plácemes de la Asamblea nacional, y muy especialmente de M. Thiers, por haber salvado la sociedad, lanzando todas las tropas contra aquellos hombres indefensos, para que dispararan contra ellos y los atropellaran bajo los pies de sus caballos. París estaba entonces en estado de sitio. Dufaure presentó en seguida nuevas leyes de represión a la aprobación de la Asamblea. A estas siguieron nuevos arrestos, nuevas proscripciones, un nuevo reinado del terror.

Pero en la clase del pueblo esto pasa de un modo muy distinto. Por su repugnancia a continuar la guerra civil principiada con la tentativa de los testaferreros de Thiers contra Montmartre, el comité central se hizo culpable de una falta enorme, cual es la de no haber ido inmediatamente contra Versalles, que en aquellos momentos carecía enteramente de fuerzas, y haber puesto fin de una vez a las conspiraciones de Thiers y sus rurales. En lugar de obrar así, permitió al partido de orden probar de nuevo sus fuerzas el 26 de Marzo, día de la elección de la Commune. Aquel día los burgueses cambiaron en las alcaldas de París palabras de conciliación con los trabajadores; pero en su interior hacían solemne voto de exterminarlos en cuanto se les presentase una ocasión propicia para ello.

Ved ahora el reverso de la medalla. Thiers abrió su segunda campaña contra París a principios de Abril. Los prisioneros parisienses que llegaron a Versalles, serán objeto de toda suerte de insultos y atropellos; mientras Ernesto Picard, con las manos en los bolsillos, daba vueltas a su alrededor burlándose de ellos, y las esposas de Thiers y Favre, en medio de sus damas de honor (?), aplaudían desde los balcones los insultos de la canalla de Versalles. Los soldados de línea que caían en poder de los ver-

salleses eran fusilados a sangre fría; nuestro valiente amigo el general Duval, fundidor de hierro, fué fusilado sin haberse llenado la menor formalidad. Gallifet, ese marido celoso guardador de su esposa, mujer célebre por su ningún reparo en presentarse en las orgías del segundo imperio, se jactaba en una proclama de haber mandado fusilar a algunos guardias nacionales con su teniente y capitán sorprendidos y desarmados con sus cazadores.

El fugitivo Vinoy fué propuesto por Thiers para la Gran Cruz de la Legión de Honor, en premio de su orden de no dar cuartel a ninguno de los soldados de línea que se cogieran en las filas de los federales. El gendarme Desmaret fué condecorado por haber asesinado traidoramente al indefenso y ya prisionero Flourens, a ese mismo Flourens que el 31 de Octubre de 1870 había salvado la vida a los principales miembros del gobierno de la defensa.

Mr. Thiers esponía triunfalmente en la Asamblea nacional los que particularmente contribuyeron a estos asesinatos. Con la orgullosa vanidad de un Tom-Thum parlamentario, se permitía desempeñar el papel de un Tamerlane; negó que los rebeldes tuviesen el mas mínimo derecho a ser tratados como beligerantes civilizados, así como también el derecho de neutralidad para sus ambulancias. Nada puede darse mas horrible que aquel mono que podía por fin satisfacer cumplidamente durante algun tiempo sus instintos de tigre, como dijo Voltaire.

Después del decreto de la Commune, del 7 de Abril, ordenando las represalias y diciendo que su deber era «proteger a París contra las salvajes hazañas de los bandidos de Versalles, y pedir ojo por ojo, diente por diente», Thiers no cesó en sus bárbaros tratamientos contra los prisioneros, sino que continuó insultándolos en sus *Boletines* en estos términos: «Los hombres honrados nunca han contemplado un aspecto mas degradante de la degradada democracia;» — hombres honrados como Thiers y sus colegas. El fusilamiento de los prisioneros fué suspendido por algun tiempo. Sin embargo, apenas Thiers y sus generales decembristas creyeron que el decreto de la Commune sobre represalias era una vana amenaza, y que pesaba solo sobre los gendarmes espías cogidos en París disfrazados de guardias nacionales, y sobre los agentes de policía sorprendidos con materias incendiarias, empezaron de nuevo a fusilar prisioneros por pelotones y no volvieron a interrumpirse los fusilamientos.

Las casas donde se refugiaban los guardias nacionales eran cercadas por los gendarmes, inundadas con petróleo (que estaba aprovisionado desde los primeros tiempos de esta guerra), y entonces prendían fuego a ellas, llevándose algunas veces los cadáveres a carros por la ambulancia de la prensa a las Ternes. El 25 de Abril, habiéndose rendido a los cazadores de caballería en Belle-Epine cuatro guardias nacionales, fueron fusilados en el acto, y uno después de otro, por el capitán, digno émulo de Gallifet. Una de estas cuatro víctimas, Scheffer, dejado como muerto, pudo llegar arrastrándose hasta los puestos avanzados de los prusianos, donde denunció este hecho delante de una comisión de la Commune. Cuando Tolain interpelló al ministro de la Guerra sobre el informe que esta comisión publicó sobre aquel hecho, los rurales ahogaron su voz, librando con esto de contestar a Lefló. Hubiera sido inferir un insulto al «glorioso» ejército hablar de sus actos. El tono insolente con que los boletines de Thiers anunciaban el achillamiento de los federales sorprendidos durmiendo en Moulin-Saquet, y los fusilamientos en masa de Clamart, crispan los mismos nervios del hoy muy sensible *Times* de Londres.

Pero todos estos odiosos atentados no son mas que los simples preliminares de las atrocidades cometidas por los bombardeadores de París y los promovedores de esta rebelión de esclavizadores protegida por la invasión extranjera. En medio de todos estos horrores, Thiers, olvidado de sus lamentaciones parlamentarias sobre la terrible responsabilidad que pesaba sobre sus pequeñas espaldas, se vanagloriaba en sus boletines de que la Asamblea continuaba tranquilamente sus sesiones, y probaba con sus continuas fiestas, ya con los generales decembristas, ya con los príncipes alemanes, que su digestión no se turbaba lo mas mínimo, ni aun con el recuerdo de los manes de Lecomte y Clemente Thomas.

(Se continuará.)
MADRID: 1871.
Imp. de J. García, Costanilla de los Angeles, 3.